

La guardia del rey

(The King's Men)

ALL FOR THE GAME (3)

TRADUCCIÓN DE
LOURDES UREÑA PÉREZ

Noja Sakawic

Kakao  books



Primera edición: Septiembre de 2023

Título original: *The King's Men*

© 2013-2014 Nora Sakavic

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2023

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Xènia Ferrer

Traducción: Lourdes Ureña Pérez

Correcciones: Ángel Belmonte Rodes

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso en la UE.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.

El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-126558-1-0

Depósito legal: B 12788-2023

Thema: YF

IBIC: YF





A pesar de llevar ya un semestre en la Universidad Estatal de Palmetto y de haber pasado un par de semanas entrenando en el mayor estadio de exy de los Estados Unidos, la Madriguera seguía dejándolo sin aliento. Tumbado bocarriba sobre la línea de media cancha, Neil contempló el estadio que lo rodeaba. Contó las hileras de asientos que alternaban entre el naranja y el blanco hasta que los colores empezaron a mezclarse cerca del techo y después examinó las pancartas que había colgadas alrededor con motivo del campeonato de primavera. Había una para cada Zorro, incluido el difunto Seth Gordon. Alguien las había colocado mientras los Zorros estaban de vacaciones de Navidad y Neil se preguntó qué pensaría Allison cuando las viera.

—¿Qué pasa, Josten? ¿Se te ha olvidado cómo ponerte de pie?

Neil volvió la cabeza hacia un lado para mirar a su entrenador. Había dejado la puerta de la cancha abierta al entrar y ahora David Wymack estaba de pie en el umbral. Dudaba que llevaran allí

el tiempo suficiente como para que Wymack hubiera terminado ya todo el papeleo que tenía que hacer. Así que, o bien Wymack no se fiaba de que fuera a mantener su promesa de no entrenar hasta haberse curado del todo, o bien Neil había vuelto a perder la noción del tiempo. Esperaba que fuese lo primero, pero el nudo que tenía en el estómago sugería lo contrario.

Había accedido a pasar las Navidades en la Edgar Allan, pero los Cuervos dividían las vacaciones en días de dieciséis horas. Lo que deberían haber sido dos semanas le parecieron tres y el reloj interno de Neil estaba descontrolado a pesar de llevar ya dos días de vuelta en Carolina del Sur. Al menos solo tenía que esperar hasta el jueves para volver a clase y la temporada de primavera daría comienzo a la mañana siguiente. Wymack estaba seguro de que volver a tener una rutina normal lo ayudaría. Neil solo podía esperar que estuviera en lo cierto.

—Es hora de irse —dijo Wymack.

Neil se puso en pie, aunque su cuerpo maltrecho protestó en el proceso. Ignoró el dolor con facilidad (estaba acostumbrado) y resistió el impulso de frotarse el hombro mientras atravesaba la cancha hacia Wymack. No se le escapó la manera en que el entrenador lo examinó de arriba abajo, pero decidió ignorarlo.

—¿Ya han aterrizado? —preguntó cuando estuvo lo bastante cerca.

—Lo sabrías si contestaras al teléfono.

Neil se sacó el móvil del bolsillo y abrió la tapa. Apretó un par de botones y le enseñó la pantalla oscura a Wymack.

—Se me habrá olvidado cargarlo.

—Habrá sido eso —dijo Wymack. Estaba claro que no se lo tragaba.

Sus sospechas eran correctas; Neil había dejado que se le acabara la batería a propósito. Antes de acostarse en Nochevieja había apagado el teléfono y no lo había puesto a cargar. Aún no había leído los mensajes que había recibido de sus compañeros de equipo durante las vacaciones. No podía evitarlos para siempre, pero todavía no sabía cómo iba a explicar sus acciones. Las horribles heridas que lo cubrían eran una consecuencia natural de enfrentarse a Riko. El

tatuaje de su mejilla era algo más difícil de justificar, pero no imposible. Lo que Neil era incapaz de afrontar era lo que Riko había hecho con su apariencia.

Tras nueve años de lentillas de color y tintes de pelo, Neil volvía a tener su aspecto natural. Con el pelo caoba y los ojos de un azul intenso, era la viva imagen de su padre, el asesino del que se había pasado la mitad de la vida huyendo. Llevaba dos días sin mirarse al espejo. Ignorarlo no iba a cambiar nada, pero si volvía a ver su reflejo, vomitaría. Si pudiera al menos teñirse el pelo de un tono un poco más oscuro, a lo mejor volvería a ser capaz de respirar, pero Riko le había dejado claro lo que les haría a los Zorros si Neil cambiaba su aspecto de alguna manera.

—Están recogiendo las maletas —dijo Wymack—. Tenemos que hablar.

Neil cerró la puerta de la cancha y siguió a Wymack hasta los vestuarios. El entrenador apagó las luces del estadio al salir y Neil echó la vista atrás mientras la oscuridad engullía la Madriguera. La ausencia repentina de luz hizo que le bajara un escalofrío por la espalda. Por un instante estuvo de vuelta en el Evermore, sofocado por la malicia de los Cuervos y la estricta paleta de colores de la cancha. Nunca había sufrido claustrofobia, pero el peso de tanto odio casi había conseguido aplastar hasta el último hueso de su cuerpo.

El tintineo de las llaves lo salvó de seguir por aquel camino tan peligroso y se giró, sorprendido. Wymack se había adentrado en los vestuarios sin él y estaba abriendo la puerta de su despacho. A pesar de que no había nadie allí aparte de ellos dos —sin contar con el guardia de seguridad que hacía sus rondas habituales—, el entrenador había cerrado con llave el despacho en su corta ausencia.

Neil había estado en aquella habitación las veces suficientes como para saber que las estanterías no contenían nada de especial valor. Lo único importante era la bolsa de deporte de Neil, en la esquina donde la había dejado antes de salir a la cancha. En su primer día en Carolina del Sur, Neil le había pedido a Wymack que protegiera sus cosas y, siete meses después, el entrenador seguía cumpliendo su promesa. Aquello casi consiguió borrarle a Riko de la mente.

Wymack entró en el despacho y le hizo un gesto para darle vía libre. Neil no tardó nada en tomar la bolsa y colgarse el asa al hombro, pero fue tiempo suficiente para que el entrenador desapareciera. Lo encontró en el salón, sentado sobre el mueble al lado de la televisión. Se aferró al asa de su bolsa en busca de coraje y fue a colocarse frente a él.

—Kevin me llamó ayer por la mañana cuando no pudo contactar contigo —dijo Wymack—. Quería asegurarse de que estabas bien. Por lo visto sabía adónde ibas desde el principio.

Mentir no tenía sentido, así que Neil respondió:

—Sí.

—Le he dicho que se lo cuente a los demás. —A Neil se le paró el corazón. Abrió la boca para protestar, pero Wymack alzó una mano y siguió hablando—: Necesitaban saber qué esperarse, por tu bien. Piensa en cómo reaccionarían si te encontraran así sin previo aviso. Te congelas cuando dicen que eres su amigo; si de repente te montan una escena porque están preocupados por ti, igual te da un brote psicótico.

Neil quería llevarle la contraria, pero solo le salió una excusa poco convincente.

—Estaba buscando la mejor manera de decírselo.

—Estabas retrasando lo inevitable —lo acusó Wymack—. Así que intervine. Les he dicho que tienes pinta de haberte metido en una pelea con el Yeti y que lo más probable era que no quisieras hablar del tema. Prometieron que no te atosigarían, pero no sé si serán capaces de cumplir esa promesa cuando te vean. —Se señaló la cara con un gesto vago—. Esto no se lo he contado.

Neil se tocó el vendaje del pómulo bajo el que se ocultaba su nuevo tatuaje.

—¿Esto?

—Todo eso —dijo Wymack, y asintió cuando Neil se llevó la mano al pelo—. No sé por qué lo ha hecho Riko, pero puedo esperar hasta que me des las respuestas que me debes. Lo que les digas a ellos es cosa tuya.

Aquello casi consiguió derretir el hielo que le había invadido el pecho. No sabía qué decir, así que asintió y miró el reloj. No tenían que recoger a los demás del aeropuerto, ya que Matt había pagado

para dejar la furgoneta en el aparcamiento de larga estancia. Se suponía que Neil iba a encontrarse con ellos en la Torre, pero si estaban recogiendo las maletas aún tardarían otros veinte minutos más o menos en llegar al campus desde el Upstate Regional.

—¿Necesitas que te acompañe para hacer de árbitro? —preguntó Wymack.

—¿A la residencia? —dijo Neil.

El entrenador le dedicó una breve mirada de lástima.

—Me refería a Columbia.

A Andrew le daban el alta hoy. En cuanto los otros hubieran dejado las cosas en la residencia, saldrían hacia el Hospital Easthaven. Habían pasado siete semanas desde la última vez que lo vieron y tres años desde la última vez que Andrew había estado sin medicarse. Dos de ellos conocían de primera mano cómo era un Andrew completamente sobrio; los demás solo habían oído rumores desagradables y especulaciones. Era muy poco probable que a Andrew le importara que estuviera hecho pedazos, pero Neil había roto su promesa de no separarse de Kevin en su ausencia. Dudaba mucho que Andrew fuera a tomárselo bien.

A pesar de todo, no estaba preocupado.

—Todo irá bien.

—En caso contrario, por lo menos Abby estará de vuelta mañana para lidiar con las consecuencias. —Wymack miró su reloj de muñeca y se bajó del mueble—. Deberíamos ir yendo.

El trayecto hasta la residencia de los deportistas era corto. El aparcamiento situado detrás de la Torre de los Zorros estaba casi desierto, pero aún había un par de coches de los Zorros aparcados. Se suponía que había guardias de seguridad que hacían rondas para asegurarse de que nadie forzaba los coches mientras sus dueños estaban ausentes, pero aun así, Neil hizo que Wymack se detuviera junto al de Andrew. Comprobó primero las manillas de las puertas y después examinó las ventanas en busca de grietas que indicaran algún tipo de vandalismo. Les dio a los neumáticos con el pie y decidió que estaban en condiciones para el viaje. Wymack esperó con el motor encendido hasta que Neil hubo terminado.

—¿Necesitas que me quede? —preguntó.

—Estaré bien —respondió Neil—. Le diré a Kevin que te llame cuando hayamos recogido a Andrew.

—Carga el teléfono y llámame tú —dijo Wymack—. Buena suerte.

Se alejó con el coche y Neil entró en la residencia. En los pasillos flotaban restos de olor a ambientador y productos de limpieza; alguien había acudido durante las vacaciones a limpiar. Su habitación estaba en la tercera planta, la más alejada de las escaleras de las tres habitaciones de los Zorros. Entró, cerró con pestillo y le dio un repaso a la habitación con la mirada. No encontró nada fuera de lugar, así que puso el móvil a cargar y fue a deshacer su bolsa. Lo último que sacó fue un paquete de tabaco. Lo llevó hasta la ventana del dormitorio y encendió un cigarrillo.

Iba por el segundo cuando se abrió la puerta principal. El silencio indicaba que Matt había venido solo; Nicky era incapaz de ser tan silencioso ni aunque su vida dependiera de ello. Neil oyó el sonido de una maleta contra el suelo y el clic de la puerta al cerrarse. Inspiró el humo una última vez y apagó el cigarrillo contra el alféizar. Se obligó a sí mismo a destensar los hombros, rezó para que su expresión neutral aguantara y cerró la ventana de un tirón. Al girarse, Matt estaba en el umbral del dormitorio con las manos escondidas en los bolsillos del abrigo.

Matt movió la boca durante varios segundos, sin ser capaz de emitir ningún sonido antes de conseguir hablar.

—Joder, Neil —dijo, ahogado.

—Parece peor de lo que es.

—No... No hagas eso, ¿vale? —dijo Matt. Se pasó los dedos por el pelo, revolviéndose las puntas fijadas por la gomina, y se dio la vuelta—. Quédate aquí.

Neil fue hasta la entrada del dormitorio mientras Matt salía de la habitación. Casi en cuanto se cerró la puerta, se oyó el golpe sordo de un cuerpo estrellándose contra la pared. Neil oyó el tono furioso de Matt echándole la bronca a alguien, pero las paredes eran justo lo bastante gruesas como para ocultar sus palabras. Neil se removió,

pasando el peso de un pie a otro, y cometió el error de mirar a la derecha. La puerta del baño estaba abierta, dejándole ver de lleno su propio reflejo. Los moratones multicolor que le decoraban el rostro eran horribles, pero los ojos azules que le devolvían la mirada eran mil veces más terroríficos. Tragó saliva contra las náuseas que lo asaltaron y miró hacia otro lado.

Fue a por su teléfono y desconectó el cargador. La batería no estaba llena ni por asomo, pero con un poco de suerte le duraría hasta llegar a Columbia. Lo apagó hasta que le hiciera falta y se lo metió en el bolsillo. La tentación de meterse en la cama era abrumadora. Ya estaba agotado y aún le quedaban siete compañeros de equipo a los que enfrentarse una vez que Matt acabara con él. No habría sobrevivido ni de broma si las chicas volvieran también hoy; por suerte, su vuelo no era hasta el día siguiente. Tendría toda la noche para retirarse y cargar las pilas.

Se obligó a sí mismo a entrar en el salón a esperar. Matt se reunió con él al cabo de un minuto y cerró la puerta con firmeza tras él. Hizo un esfuerzo visible por calmarse, pero su voz seguía tensa cuando habló.

—¿El entrenador te ha gritado ya?

—Un buen rato y a todo volumen —dijo Neil—. No sirvió para nada. No me arrepiento y volvería a hacerlo si fuera necesario. No —lo interrumpió antes de que pudiera protestar—. Los Zorros son todo lo que tengo, Matt. No digas que me equivoqué al tomar la única decisión posible.

Matt se lo quedó mirando durante un minuto interminable.

—Tengo ganas de partirle la cara por seis lugares. Si vuelve a acercarse a menos de un kilómetro de ti...

—Tendrá que hacerlo —dijo Neil—. Vamos a enfrentarnos a los Cuervos en la final.

Matt sacudió la cabeza y levantó su maleta del suelo. Neil se hizo a un lado para dejarlo pasar, pero este le echó un último vistazo. La sorpresa rebajó un poco su indignación. Neil no le devolvió la mirada. En su lugar, fue hacia la puerta. Casi había conseguido llegar; tenía la mano en el pomo cuando Matt habló.

—El entrenador nos dijo que no hiciéramos preguntas sobre tus ojos —dijo Matt—. Supuse que Riko te los había puesto morados.

No era una pregunta, así que Neil no respondió.

—Volveremos en un par de horas.

Se marchó antes de que pudiera protestar. Kevin, Nicky y Aaron lo esperaban en el pasillo frente a su cuarto. Nicky llevaba dos bolsas de regalo en la mano, pero las dejó caer al verlo acercarse. Neil casi había llegado hasta ellos cuando vio el moratón que tenía Kevin en la cara. La mancha roja que le cubría la mitad de la mejilla indicaba que un segundo hematoma aparecería pronto. No era la primera vez que Matt golpeaba a Kevin y desde luego no sería la última, pero Neil se recordó que debía hablar con él. Aquello no era culpa de Kevin.

Apartó a Matt de su mente y se centró en los tres que tenía delante. Como era de esperar, la expresión de Aaron era la más fácil de afrontar. La mueca que le tiraba de la comisura de la boca era de curiosidad, no de compasión, y su mirada se detuvo más en su pelo que en los moratones que cubrían su rostro. Neil aguardó un momento para ver si iba a hacer alguna pregunta, pero se limitó a encogerse de hombros.

Nicky, por el contrario, contempló a Neil con una expresión desolada en el rostro. Alargó la mano en cuanto estuvo lo bastante cerca y lo agarró de la nuca. Con cuidado, lo atrajo hacia sí y le apoyó la barbilla en la cabeza. Nicky estaba tenso como una vara, pero al espirar le temblaba el aliento.

—Ay, Neil —dijo con la voz tomada—. Tienes una pinta horrible.

—Se me pasará —respondió él—. Al menos, casi todo. No te preocupes.

Nicky lo apretó un poco más.

—No te atrevas a decirme que estás bien. No soportaría oírtelo decir ahora mismo, ¿vale?

Neil obedeció y guardó silencio. Nicky se aferró a él durante un minuto más y después lo soltó por fin. Neil se giró por último hacia Kevin y sintió que se le revolvió el estómago. Kevin lo estaba mirando como si hubiera visto un fantasma. Puede que al resto le sorprendiera su repentino cambio de aspecto —a los primos algo menos, ya que habían

visto sus ojos azules en Columbia—, pero Kevin sabía quién era y había conocido a su padre. Sabía lo que aquello significaba. Neil sacudió la cabeza, rogándole en silencio que no dijera nada. No le sorprendió que lo ignorara, pero al menos tuvo la decencia de hablar en francés.

—Dime que el amo no ha aprobado esto.

—No lo sé —dijo Neil.

Los últimos días bajo el cuidado de Riko no eran más que un borrón doloroso y sin sentido que aún intentaba descifrar. Solo recordaba vagamente las manos de Jean poniéndole el tinte en el pelo. Tenía la sensación de que era una de las últimas cosas que le habían hecho, pero no era capaz de recordar si el tío de Riko, Tetsuji, había estado presente o no.

—Riko ha dicho que nos hará daño si hago algo para cambiarlo —añadió—. Solo puedo agachar la cabeza y cruzar los dedos.

—Agachar la cabeza —repitió Kevin. Se señaló su propio rostro con un gesto de incredulidad—. Riko me llamó el día de Navidad para decir que te había tatuado. ¿Cuánto tiempo crees que dejará que lo ocultes antes de obligarte a enseñarlo? La prensa se volverá loca y no van a limitarse a preguntar por el tatuaje. Está intentando hacer que te encuentre.

El miedo era un bloque de hielo en su estómago que le subía por la garganta. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para que no se le notara en la voz.

—Me lo tomaré como un cumplido. Está intentando dejarme fuera de juego antes de las semifinales. No perdería el tiempo si no pensara que somos una amenaza real para su equipo. Eso significa algo, ¿no?

—Neil.

—Yo me ocuparé de esto, Kevin. Me ocuparé de lo mío. Tú haz lo que mejor se te da y céntrate en el exy. Haz que llegemos hasta donde él más teme.

Kevin apretó la boca en una línea fina, pero no discutió. Puede que supiera que no tenía sentido hacerlo; o puede que supiera que ya era demasiado tarde. Nicky alternó la mirada entre los dos como si estuviera comprobando que ya habían terminado y entonces recogió las bolsas y le tendió una a Neil.

—Feliz Navidad atrasada —dijo con algo de tristeza—. Nadie se sabía tu dirección de Millport, así que decidí dártelo en persona. Erik me ayudó a escogerlo. —Al ver la expresión confusa de Neil, aclaró—: Vino a pasar un par de días en Nueva York como sorpresa por Navidad. Ahí dentro hay también algo de parte de Kevin. No me ha dejado envolverlo, así que está en una bolsa de plástico horrenda. Perdona.

Nicky agitó la otra bolsa de regalo mientras Neil tomaba la que le ofrecía.

—También tengo la de Andrew. La verdad es que os he comprado lo mismo a los dos porque sois complicados de cojones a la hora de haceros regalos.

—Lo siento —dijo Neil—. Yo no le he comprado nada a nadie. No estoy acostumbrado a celebrar la Navidad.

—Quieres decir que estabas demasiado ocupado recibiendo palizas hasta quedarte medio muerto —dijo Aaron. Nicky lo miró como si se hubiera atragantado con la bordería de su primo, pero este siguió hablando como si no hubiera dicho nada malo—: Kevin dijo que fuiste por Andrew. ¿Es cierto?

Neil le dirigió a Kevin una mirada de advertencia.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Aaron—. No te lo agradecerá.

—Tampoco te agradecerá a ti que matases a Drake —dijo Neil—. No importa. Hicimos lo que teníamos que hacer. Me da igual lo que piense Andrew.

Aaron lo examinó en silencio. Buscaba respuestas, pero Neil desconocía la pregunta. Solo podía devolverle la mirada hasta que Aaron sacudió la cabeza y la desvió hacia otro lado. Neil quería presionarlo para que se explicara, pero tenía que conservar fuerzas para enfrentarse a Andrew. Se distrajo abriendo el regalo de Nicky. Envuelta en papel de seda naranja había una chaqueta negra. Parecía pequeña, pero al levantarla tenía un peso importante; lo aislaría del frío implacable que se había asentado en Carolina del Sur. Dejó que Nicky le quitara la bolsa.

—Gracias —dijo.

—Sigues sin tener ropa de invierno en condiciones —dijo Nicky—. Deberíamos llevarte de compras y expandir tu armario otra vez, pero he pensado que esto estaba bien para empezar. No puedes seguir poniéndote solo las sudaderas del equipo y pretender no pillar un resfriado. ¿Te queda bien?

Neil abrió la cremallera e hizo ademán de ponérsela. Solo consiguió meter un brazo antes de que un dolor cegador le recorriera el pecho de arriba abajo. Se quedó congelado y parpadeó para espantar la neblina que empañaba su visión.

—Perdona —dijo y se arrepintió de inmediato. Oyó el dolor en su propia voz, tan denso que enturbiaba sus palabras. Nicky lo miró con expresión culpable—. No puedo hacerlo todavía.

—Lo siento —dijo Nicky—. No he... No lo había pensado. Espera, ven. Déjame. Ya lo hago yo. —Nicky le sacó el brazo de la chaqueta con cuidado y la dobló—. Yo te la guardo hasta que te mejores, ¿vale?

—Vale.

Neil se permitió un instante para respirar antes de sacar el regalo de Kevin de la bolsa. Sabía lo que era en cuanto sintió su peso. Se había pasado demasiadas horas obsesionado con aquel cuaderno como para no reconocerlo nada más tocarlo. A primera vista, el archivador era el altar de un fan obsesivo de Kevin y Riko. Bajo la superficie, sin embargo, estaba todo lo que Neil necesitaba para sobrevivir en su vida de fugitivo. Dinero, contactos de los bajos fondos y el número de su tío escondido entre un sinfín de artículos sobre exy.

—¿No vas a abrirlo? —preguntó Nicky.

—Ya sé lo que es. —Neil se aferró a la bolsa y miró a Kevin—. Gracias.

—No lo he abierto.

Neil no quería volver a enfrentarse a Matt, así que supuso que podía llevarse el archivador a Columbia y guardarlo más tarde.

—¿Estamos todos listos?

—Si estás seguro de que vas a aguantar el viaje —dijo Nicky.

Neil echó a andar hacia las escaleras sin responder. Los tres lo siguieron hasta el coche. Kevin tomó su asiento habitual en el puesto

del copiloto y Nicky entró en el asiento trasero detrás de Aaron. Neil escondió su archivador bajo el asiento del conductor e ignoró el dolor que le recorrió el cuerpo al subirse al coche. En cuanto todos estuvieron colocados, Neil arrancó. Había buscado cómo llegar al Easthaven en el ordenador de Wymack el día anterior. Era un camino sencillo desde allí, casi el mismo que hacían para ir al Eden's Twilight cuando salían de fiesta en Columbia. La única diferencia real estaba en los últimos quince minutos, cuando rodeaban la capital y se dirigían hacia el noreste.

Neil no se dio cuenta de que esperaba que el Hospital Easthaven tuviera el aspecto de una cárcel hasta que lo vio y la ausencia de alambre de espino en la valla lo pilló por sorpresa. No había ningún guardia en la puerta y el aparcamiento estaba relativamente vacío. Apagó el motor y salió del coche. Kevin no tardó en seguirlo, pero Aaron y Nicky se movieron más despacio. Nicky le echó una mirada nerviosa a la entrada. Cuando se dio cuenta de que Neil lo estaba mirando, ocultó su inquietud tras una sonrisa.

—¿En serio le tienes miedo? —preguntó Neil.

—Qué va —respondió Nicky, pero no resultaba demasiado convincente.

Kevin lo siguió de cerca al entrar al hospital y Neil reparó en cómo Aaron y Nicky se quedaban unos pasos por detrás a propósito. Creyó que sus reparos lo pondrían nervioso sobre lo que iba a encontrarse, pero no sintió nada.

Repasó el vestíbulo con la mirada mientras se acercaba al mostrador de recepción. Los cuadros de motivos florales aportaban un toque de color y había una chimenea en la pared del fondo. La intención era que resultara acogedor, pero solo conseguía parecer un catálogo. Al menos no olía a antiséptico y enfermedad.

—Santo cielo —dijo la recepcionista al levantar la vista del ordenador y ver el rostro machacado de Neil—. ¿Estás bien?

—Venimos a recoger a Andrew Minyard —dijo él.

—No me refería a eso —dijo ella, pero Neil solo se la quedó mirando en silencio. Al cabo de un rato, señaló el portapapeles que había sobre el mostrador—. Si os registráis aquí, avisaré al doctor Slosky de que habéis llegado.

Los cuatro se agolparon alrededor del mostrador y garabatearon sus nombres por turnos en la primera hoja. Neil fue el único que dudó al poner el bolígrafo contra el papel. En el Evermore, Riko no le había dejado ser «Neil». No había podido evitarlo, ya que los Cuervos no tenían otro nombre por el que llamarle, pero Riko quería que supiese la cantidad de problemas que había causado a los Moriyama con todos sus alias.

La recepcionista aguardaba con la mano extendida, así que Neil apretó los dientes y escribió su nombre debajo de los demás. Le pasó el portapapeles e intentó deshacerse de la tensión que se había instaurado en sus hombros.

No tuvieron que esperar mucho antes de que un hombre de mediana edad se acercara a ellos. Les dio un apretón de manos a cada uno con una sonrisa. Arqueó las cejas al ver a Neil, pero no hizo ningún comentario.

—Mi nombre es Alan Slosky. He sido el doctor principal de Andrew durante su estancia con nosotros. Gracias por venir.

—El principal —repitió Nicky—. ¿Cuántos médicos ha tenido?

—Cuatro —contestó Slosky. Al ver la expresión de Nicky, se explicó—: No es inusual que nuestros pacientes trabajen con varios doctores a la vez. Por ejemplo, un paciente puede tener terapia de grupo conmigo, sesiones individuales intensivas con uno de mis compañeros y tratar con uno de nuestros especialistas en rehabilitación para gestionar su medicación. Yo mismo escogí al equipo de Andrew y les aseguro que están entre los mejores.

—Seguro que ha sido de gran ayuda —dijo Aaron.

A juzgar por su forma de mirarlo, a Slosky no se le escapó el sarcasmo en su voz, pero no cayó en la trampa. Neil se preguntó si sería prudencia o una confesión accidental de que había fracasado.

—¿Puedo confiar en que contaremos con su apoyo durante los próximos días? Si tienen preguntas o necesitan algún consejo sobre qué hacer, no duden en llamarme. Puedo darles mi tarjeta.

—Gracias, pero ya tenemos a Betsy —dijo Nicky. Slosky lo miró como si no comprendiera—. ¿La doctora Dobson?

—Ah, sí. —Slosky asintió en un gesto de aprobación. Miró por encima del hombro hacia el pasillo vacío, se lo pensó un momento

y después señaló la sala de espera colindante—. Por favor, pónganse cómodos. Bajaré en cualquier momento, solo tiene que firmar para dejar la habitación.

Se esparcieron alrededor de la sala, Nicky y Aaron en asientos separados y Kevin y Neil compartiendo el sofá. Neil clavó la vista en la chimenea sin verla realmente. Su mente estaba a medio mundo de distancia, viajando entre el Líbano y Grecia. Tenía tres (¿dos?) semanas de sueño que recuperar. Las noches de los Cuervos eran cortas y las de Neil habían estado interrumpidas por el dolor y la violencia. No se dio cuenta de lo cerca que estaba de quedarse dormido hasta que el sonido de Kevin hablando en francés en voz baja lo espabiló de golpe.

—Sé cómo es —dijo. Neil lo miró, pero Kevin se estaba mirando las manos—. Riko. Por si quieres hablar.

Era lo más raro e incómodo que le había dicho nunca. Kevin era famoso por su talento, no por su sensibilidad. La consideración y el tacto le eran tan desconocidos como el alemán que hablaban los primos. El hecho de que lo intentara siquiera era tan inesperado que Neil lo sintió como un bálsamo en cada centímetro de su piel amoratada.

—Gracias.

—Sé cómo es, pero no puedo... —Hizo un gesto de impotencia—. Riko era cruel conmigo, pero necesitaba que triunfara. Éramos los herederos del exy; me torturaba, pero había líneas que no estuvo dispuesto a cruzar hasta el final. Para Jean era diferente. Peor. Su padre le debía mucho a los Moriyama. El amo pagó esas deudas a cambio de tener a Jean en su cancha. Era un objeto de su propiedad, nada más. Es lo que eres tú para ellos.

—No soy propiedad de nadie —dijo Neil en voz baja.

—Sé lo que piensa de ti —dijo Kevin—. Sé que eso significa que no se contuvo.

—No importa. —Incluso a él le sonaba a mentira, pero Kevin no se lo echó en cara—. Ya se ha acabado y estoy de vuelta donde debo estar. Ahora lo único que importa es lo que viene después.

—No es tan fácil.

—Te diré lo que no es fácil: enterarme por Jean de que el entrenador es tu padre —dijo Neil, y Kevin se estremeció violentamente—. ¿No pensabas decírselo nunca?

—Iba a hacerlo cuando me fichó —dijo Kevin—. No fui capaz.

—¿Intentabas protegerlo a él o proteger a ti?

—Puede que a los dos —dijo Kevin—. El amo no es como su hermano ni tampoco como Riko. La cancha es su reino y ese es el único lugar donde elige ejercer su control. Hasta ahora nunca ha levantado la mano o la voz contra el entrenador porque Wymack nunca ha supuesto una amenaza real para él. No sabía si mi confesión cambiaría las cosas. No podía arriesgarme. Quizás cuando todo esto haya acabado.

—¿Crees que acabará alg...? —empezó Neil, pero un movimiento junto a la puerta hizo que se le olvidara lo que iba a decir.

Andrew estaba en el umbral con Slosky detrás. Llevaba el mismo jersey de cuello alto negro y los vaqueros con los que había ingresado. Tenía una bolsa colgada del hombro, pero Neil no recordaba que hubiera hecho la maleta antes de que Betsy se lo llevara. Habría preguntado qué le habían dado en Easthaven para llevarse a casa, pero entonces se fijó por primera vez en el rostro de Andrew y se quedó sin palabras. Su gesto inexpresivo y su mirada vacía hicieron que se le encogiera el estómago. Andrew se detuvo solo un instante para ver quién había ido a recogerlo y se volvió para alejarse.

Aaron reaccionó primero. Llevaba años siendo ignorado por su hermano; ya estaba más que acostumbrado a que lo mirara como si no fuera más interesante que una piedra. Le hizo un gesto a Nicky y fue tras él. Neil y Kevin intercambiaron una mirada, declarando una tregua silenciosa y temporal, y se levantaron. Slosky les dijo algo mientras salían de la sala, pero Neil no se molestó en descifrar sus palabras. El médico había cumplido su propósito al desenganchar a Andrew de su medicación. Neil no quería ni necesitaba nada más de él.

Para cuando llegó hasta la puerta, Andrew estaba andando a lo largo del lateral del edificio. Aaron no lo siguió, sino que atravesó el césped hacia el aparcamiento. Nicky fue con él, pero Neil y Kevin se quedaron a observar a Andrew. Había dos contenedores junto a

la esquina del edificio. Andrew vació la bolsa en uno de ellos y Neil vio cómo caían prendas de ropa. Dudaba de que se las hubieran dado en el Easthaven; lo más probable era que Betsy Dobson y Andrew hubieran parado a comprar un par de mudas de camino al hospital. Andrew barrió los alrededores con la mirada, encontró a su familia y siguió su trayectoria para localizar su coche. Cuando echó a andar en aquella dirección, Neil y Kevin lo siguieron.

Nicky llevaba sus llaves consigo y abrió el coche para que Aaron y él pudieran subir al asiento trasero. Andrew abrió la puerta del conductor, pero no entró. Le dio la espalda al coche, un brazo apoyado en el capó, el otro colgando por encima de la puerta, y observó a los delanteros mientras se acercaban. Kevin se detuvo frente a él para inspeccionar a su compañero recién regresado. Neil titubeó junto a la puerta trasera abierta para poder presenciar el reencuentro.

Si no supiera que Andrew se había pasado el último año y medio ejerciendo un control agresivamente protector y territorial sobre Kevin, Neil habría pensado que no eran más que dos desconocidos. Andrew inspeccionó a Kevin con aire aburrido y después hizo un gesto para desestimarlos. Al parecer, ni siquiera los moratones fueron lo bastante interesantes como para merecer un comentario. Kevin asintió y rodeó el coche hasta el asiento del copiloto. Neil no se paró a ver si Andrew volvía a mirarlo y se montó en el coche.

Andrew se sentó en el puesto del conductor una vez que estuvieron todos colocados y alargó una mano entre los asientos. Neil dejó caer su llavero en la palma abierta. Nicky interceptó el brazo de Neil mientras lo bajaba y le dio un apretón corto y feroz en la muñeca. Lo más probable era que fuera una disculpa por la indiferencia de su primo, pero el fuego recorrió el antebrazo de Neil hasta las yemas de los dedos. Se había desollado las muñecas forcejeando con las esposas de Riko y las vendas no eran lo bastante gruesas como para protegerlo del agarre de Nicky. Se encogió sin poder evitarlo.

Nicky lo soltó como si el tacto lo quemara.

—Perdón. Lo siento. No quería...

La mano le palpitaba de dolor, pero dijo:

—No pasa nada.

—Sí que pasa —insistió Nicky y miró a su primo—. Es que, joder, Andrew, ¿mi siquiera vas a preguntar...?

Andrew encendió la radio y subió el volumen hasta ahogar lo que cualquiera tuviera que decir. Nicky torció el gesto, pero Neil sacudió la cabeza y le restó importancia. No consiguió amainar la expresión de Nicky, pero este lo dejó estar por el momento.

Kevin alargó la mano hacia el control del volumen una única vez. Andrew le apartó la mano de un golpe y lo señaló con el dedo a modo de advertencia sin apartar la vista de la carretera. Kevin se cruzó de brazos en una declaración muda de descontento que Andrew ignoró. A Neil empezó a retumbarle la cabeza mucho antes de llegar siquiera a la autopista. Se alegró al ver la Torre y aún más cuando Andrew aparcó y el coche se sumió en un bendito silencio.

Neil fue el primero en bajarse y atrapó la puerta de Andrew antes de que este pudiera cerrarla. Andrew no se movió, pero había el espacio justo para que Neil pudiera inclinarse y recuperar su archivador. Se enderezó y al girarse vio que Andrew había dado un paso hacia él. Neil no tuvo más remedio que quedarse pegado a él, pero por alguna razón no le importó. Habían pasado siete semanas separados, pero Neil recordaba a la perfección por qué había decidido quedarse. Recordaba aquella presencia implacable e incondicional que era capaz de aguantar su peso y el de todos sus problemas sin derramar ni una gota de sudor. Por primera vez en meses sintió que volvía a ser capaz de respirar. Era un alivio, pero también lo aterrorizaba; nunca había tenido intención de apoyarse tanto en Andrew.

Por fin, Andrew dio un paso atrás y miró a Nicky.

—Tú, quédate. El resto, marchaos.

Neil miró a Nicky para ver si estaba de acuerdo con quedarse a solas con Andrew. Ante el leve asentimiento de este, rodeó el coche y se unió a Aaron y a Kevin. Kevin se quedó mirando a Andrew con intensidad por encima del capó como si así pudiera ver más allá de su máscara impasible. Neil tuvo que obligarlo físicamente a girarse hacia la residencia.

Subieron al tercer piso por las escaleras. Aaron abrió la puerta de la habitación, pero Neil negó con la cabeza cuando Kevin le pidió

con un gesto que entrara con ellos. Esperó a que la cerraran antes de ir hasta el final del pasillo y encender su móvil. Cuando el logo parpadeante dio paso por fin a la pantalla del menú, llamó a Wymack.

—Empezaba a pensar que te había matado y te había dejado pudriéndote en una cuneta —dijo el entrenador a modo de saludo.

—Aún no —dijo Neil—. Ya hemos vuelto.

—Si alguien necesita algo, llevo el teléfono encima. Tú intenta tenerlo encendido.

—Sí, entrenador —dijo Neil y apagó el móvil en cuanto hubo colgado.

Le había dado sus llaves a Andrew, así que tuvo que llamar a la puerta para entrar en su habitación. Se llevó el archivador al dormitorio y sacó la caja fuerte del armario. Ahora mismo solo contenía una carta desgastada, pero la metió en el archivador y guardó ambas cosas bajo llave. Regresó al salón y encontró a Matt esperándolo en el brazo del sofá. Neil le devolvió la mirada con la que lo escrutaba con una expresión de cautela. Se preparó para las inevitables preguntas y acusaciones, pero cuando Matt habló por fin, solo dijo:

—¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—Para que conste, no te creo —dijo Matt.

Neil alzó un hombro en un gesto cansado.

—Probablemente no deberías creerte nada de lo que diga.

Matt bufó, un sonido demasiado tenso y ahogado como para ser una carcajada.

—Me da la sensación de que eso es lo más sincero que me has dicho en todo el año. Pero ¿Neil? Cuando quieras hablar de ello, aquí estamos.

—Lo sé.

Le sorprendió comprobar que era verdad. Sabía solo con mirarlo que en aquel momento Matt aceptaría cualquier verdad que Neil le ofreciera, sin importar lo cruel o poco creíble que fuese. Había hecho lo correcto al ir al Evermore; estaba tomando la decisión correcta al mantenerse firme allí con los Zorros. No importaba lo mucho que lo asustara su reflejo. Si aquella era la única manera de mantener

a sus compañeros a salvo de la crueldad de Riko, era un precio fácil de pagar.

—Nunca he estado en Nueva York.

No era lo que él necesitaba decir ni lo que Matt quería oír, pero él no insistió. Entretuvo a Neil con anécdotas de sus vacaciones, desde lo incómodo del primer encuentro entre los primos y su madre hasta los locos viajes de compras de Nicky. Matt lo llevó a la cocina para enseñarle los granos enteros que había traído de una tienda de café local. Era un poco tarde para beber café, pero Matt estaba cansado del viaje y Neil aún se encontraba descolocado. Buscó los filtros entre los armarios mientras Matt molía los granos para la cafetera.

Neil estaba llenándola de agua cuando llamaron a la puerta. Matt estaba más cerca, así que fue a abrir. Neil no podía ver al visitante desde donde estaba, pero cuando Matt dio un paso atrás en una invitación muda, Nicky entró por la puerta. Parecía ileso pero nervioso, y no encontró manera de ocultar la culpa en su rostro mientras se enfrentaba a Matt.

—Yo... mmm... no me dejaría ver mucho si fuera tú —dijo Nicky—. Andrew acaba de enterarse de quién le ha dejado la cara morada a Kevin. Intenté defenderte porque Kevin se lo merecía y tú fuiste quien pagó la fianza de Aaron, pero no sé si servirá de mucho. Ahora mismo la lógica y Andrew se están dando un tiempo.

—Gracias por el aviso —dijo Matt.

Nicky miró a Neil.

—Me ha enviado a por ti.

—¿Cuánto le has contado? —preguntó Neil.

—Sobre ti, nada. —Se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros, incómodo—. Quería un resumen de todo lo demás: el juicio de Aaron, la cara de Kevin y los Cuervos. Le conté que nos clasificamos para el campeonato y le hablé de la pelea durante el banquete de Navidad. No le he dicho que no estuviste con nosotros en Nueva York.

Neil asintió y regresó a su dormitorio. Tomó su paquete de tabaco y se lo metió en el bolsillo de atrás. Las bandas de Andrew estaban

donde las había escondido en noviembre: bajo su almohada. Nicky torció el gesto al verlas.

—Puede que no sea buena idea que esté armado ahora mismo —dijo Nicky.

—Estaré bien —dijo Neil, y recorrió el pasillo hacia las escaleras.

Andrew lo esperaba allí con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la barandilla. Sus ojos fueron directos a la tela negra que Neil le tendía y tomó las bandas sin decir nada. Neil ya había visto sus cicatrices de pasada, pero Andrew se dio la vuelta para ponérselas. Una vez que las mangas del jersey le cubrieron las bandas, Andrew empezó a subir las escaleras en lugar de bajar.

La escalera acababa de pronto en una puerta que decía: «Acceso a la azotea – Solo personal de mantenimiento». Neil supuso que estaría cerrada con llave, pero Andrew solo tuvo que menearla con fuerza un par de veces para abrirla. A juzgar por los cortes meticulosos que había en la puerta y el marco, debía de haber forzado la cerradura hacía tiempo. Neil no hizo preguntas y lo siguió cuando salió al frío de la tarde. El viento parecía más fuerte a aquella altura y deseó haber podido ponerse su chaqueta nueva.

Andrew fue hasta el borde de la azotea e inspeccionó el campus. Neil se colocó a su lado y miró por el borde con cuidado. Las alturas no lo alteraban, pero la ausencia de barandilla de seguridad resultaba inquietante con una caída de cuatro plantas. Sacó los cigarrillos, tomó dos y los encendió. Andrew se puso el suyo en los labios. Neil lo acunó entre las manos para protegerlo de la brisa.

Andrew se volvió hacia él.

—Ya puedes darme una explicación.

—¿No podías pedirme respuestas dentro, donde no hace tanto frío? —preguntó Neil.

—Si lo que te preocupa es morir congelado, llegas un poco tarde. —Andrew alzó una mano hacia el rostro de Neil, pero sus dedos se detuvieron a un milímetro de su piel. No miraba sus heridas, sino sus ojos desprotegidos—. ¿Rompí yo mi promesa o estabas cumpliendo la tuya?

—Ninguna de las dos —dijo Neil.

—Sé que has tenido tiempo de sobra en mi ausencia para elaborar tus preciadas mentiras, pero recuerda que te adelanté una verdad en noviembre. Te toca jugar a ti y no vas a mentirme.

—Ninguna de las dos —repitió Neil—. He pasado las Navidades en el Evermore.

No debería haberle sorprendido que Andrew fuera directo al vendaje de su mejilla. A Aaron y Nicky les había pasado desapercibido, ni siquiera habían reparado en él entre el resto de gasa y esparadrapo. Andrew se había pasado demasiado tiempo guardándole las espaldas a Kevin como para no atar cabos. Levantó una esquina del esparadrapo con la uña y se lo arrancó como si quisiera llevarse la piel de Neil consigo. Este se preparó para una reacción violenta, pero el rostro inexpresivo de Andrew no se alteró al ver su nuevo tatuaje.

—Esto es patético incluso para ti —dijo Andrew.

—No lo llevo por elección propia.

—Pero sí elegiste ir al Evermore.

—He vuelto.

—Riko te dejó marchar —lo corrigió Andrew—. Esta temporada nos está yendo demasiado bien y vuestra rivalidad es demasiado pública. Nadie se creería que te has transferido al Edgar Allan por voluntad propia a mitad de la temporada. —Le estampó el vendaje de nuevo contra la cara y estiró el esparadrapo con dedos bruscos—. Se suponía que no te alejarías de Kevin. ¿Se te olvidó?

—Prometí que lo mantendría a salvo —dijo Neil—. No que lo atosigaría a cada paso como haces tú. Cumpí con mi parte.

—Pero no así —dijo Andrew—. Ya has dicho que esto no tuvo nada que ver con Kevin. ¿Por qué fuiste?

Neil no sabía si sería capaz de decirlo. Pensar en ello ya era casi imposible. Pero Andrew estaba esperando, así que se tragó las náuseas.

—Riko dijo que, si no iba, el doctor Proust...

Andrew le tapó la boca con la mano, ahogando el resto de sus palabras, y Neil supo que había fracasado.

Riko había dicho que el doctor Proust, del Easthaven, utilizaba «recreaciones terapéuticas» para ayudar a sus pacientes. Una línea

muy fina separaba la crueldad psicológica del verdadero abuso físico y Riko dejó claro que Proust estaba dispuesto a cruzarla si Neil desobedecía. El odio derritió un poco del hielo en sus venas, pero la expresión aburrida de Andrew era difícil de digerir. Hacía un par de meses Andrew había estado tan drogado que reaccionó a su propio dolor y trauma a carcajadas. Hoy ni siquiera le importaba lo suficiente como para reírse. Neil no sabía qué extremo era peor.

Andrew bajó la mano cuando Neil se calló.

—No cometas el error de creer que necesito que me protejas.

—Tenía que intentarlo. Si hubiera tenido la oportunidad de evitarlo y me hubiera quedado de brazos cruzados, ¿cómo podría volver a mirarte a la cara? ¿Cómo podría seguir adelante?

—Tus líos mentales son problema tuyo, no mío —dijo Andrew—. Dije que te mantendría con vida este año. Me lo pones mucho más difícil cuando te empeñas en intentar que te maten.

—Te pasas todo el tiempo protegiéndonos —dijo Neil—. ¿Quién te protege a ti? No digas que lo haces tú, porque ambos sabemos que se te da fatal cuidar de ti mismo.

—Eres duro de oído —dedujo Andrew—. Puede que te hayan dado demasiados pelotazos en el casco. ¿Sabes leer los labios? —Se señaló la boca al hablar—. La próxima vez que alguien venga a por ti, hazte a un lado y deja que me ocupe de ello. ¿Entendido?

—Si eso implica perderte, entonces no —dijo Neil.

—Te odio —dijo Andrew de manera casual. Dio una larga calada a su cigarrillo y lo tiró al vacío—. Se suponía que eras un efecto secundario de las drogas.

—No soy una alucinación —dijo Neil, perplejo.

—Eres una quimera —dijo Andrew—. Entra de una vez y déjame en paz.

—Aún tienes mis llaves —le recordó Neil.

Andrew se las sacó del bolsillo y quitó la llave de su coche del llavero. En lugar de darle el resto, las tiró por donde había tirado el cigarrillo. Neil se asomó para ver si le caían encima a alguien, pero no había nadie en la acera. Las llaves chocaron contra el suelo sin incidentes. Neil se incorporó y lo miró.

Andrew no le devolvió la mirada.

—Ya no las tengo.

Neil abrió la boca, cambió de opinión en el último segundo y se dio la vuelta sin decir nada. Bajó las escaleras hasta la planta baja y abrió la puerta de cristal de un empujón. Sus llaves habían aterrizado más lejos de lo que esperaba, pero la luz del sol reflejándose en el metal le facilitó encontrarlas. Las recogió y vio el cigarrillo de Andrew a un par de metros. La ceniza se había caído al impactar con el suelo, pero la colilla aún desprendía un fino hilo de humo.

Andrew lo observaba, aún asomado al borde de la azotea como si no le tuviera miedo a la muerte. No supo por qué lo hizo, pero Neil tomó el cigarrillo de la acera y se lo colocó en los labios. Echó la cabeza hacia atrás para cruzar la mirada con los ojos férreos de Andrew y se llevó dos dedos a la sien imitando su saludo burlón. Andrew se dio la vuelta y desapareció. Neil tuvo la sensación de haber ganado, aunque no sabía muy bien por qué. Apagó la colilla con el zapato de camino a la entrada.

Matt estaba en el sofá cuando regresó a su habitación. La cafetera había terminado y la taza caliente era una sensación agradable entre sus manos heladas. Matt lo repasó con la mirada mientras iba hasta el sofá, probablemente buscando heridas nuevas. Neil se sentó con tanto cuidado como pudo en el cojín más alejado e inspiró el vapor de la taza.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó.

Matt suspiró, pero retomó el relato donde lo había dejado. Le habló de la nieve en Central Park y de cuando vieron la cuenta atrás de Nochevieja en Times Square. Neil cerró los ojos mientras lo escuchaba, intentando imaginárselo, imaginar por un momento que él también había estado allí. No pretendía quedarse dormido, pero un tirón cuidadoso en su taza de café hizo que se despertara con un sobresalto. Matt evitó por los pelos el golpe y alzó las manos para calmarlo.

—Ey —dijo—. Soy yo.

La taza se le había quedado fría en las manos y la luz que inundaba la habitación no parecía encajar. Neil miró hacia la ventana, nece-

sitaba ver el cielo, pero las persianas estaban cerradas. Dejó que Matt le quitara el café y se puso en pie cuando se apartó. Cruzó la habitación tan rápido como le permitía su cuerpo malherido y tiró con fuerza de la cuerda para subir las persianas. El sol estaba escondido, pero todavía quedaba algo de luz en el cielo. Estaba amaneciendo o atardeciendo; Neil no estaba seguro de cuál de los dos.

Apretó las palmas contra el cristal.

—¿Qué día es?

Le pareció que pasaba una eternidad antes de que Matt contestara y cuando habló lo hizo despacio.

—Es martes.

Atardeciendo, entonces. Solo había perdido un par de horas.

—¿Neil? —preguntó Matt—. ¿Estás bien?

—Estoy más cansado de lo que creía —dijo Neil—. Voy a acostarme temprano.

El ceño fruncido de Matt indicaba que no se lo creía en absoluto, pero no lo detuvo. Neil cerró la puerta del dormitorio con firmeza al entrar y comenzó el tortuoso proceso de cambiarse. Para cuando consiguió ponerse los pantalones del pijama, estaba apretando los dientes por el dolor. Cerró las manos con fuerza para evitar que le temblaran, pero el esfuerzo de subirse a la litera provocó que las vibraciones viajaran hasta su estómago. Era muy temprano y todo le dolía demasiado como para volver a dormirse, pero se cubrió la cabeza con la manta y se obligó a sí mismo a dejar de pensar.